# Secuelas de Guerra:

## Cicatricemos nuestras heridas

Capitán de Corbeta
Luis De la Flor Rivero

Una fecha de cumpleaños en la B.C.S. de Lochegua.



***En 1985 egresé como alférez de fragata de la Escuela Naval del Perú, donde había sido preparado durante cinco años para desempeñarme como jefe de división de unidades de superficie, primer escalón en la larga carrera naval. Algún tiempo después ingresé a la Escuela de Calificación de Oficiales, para seguir un curso que al cabo de un año me convirtió en infante de Marina. Fue entonces, en las arenas de Ancón, cuando recibí entrenamiento para la guerra contrasubversiva.***

La Fuerza de Infantería de Marina había venido actuando en la lucha contra la subversión desde finales de 1982, cuando se le asignó la provincia de Huanta y parte de la provincia de La Mar, en Ayacucho. Los infantes de Marina, costeños en su gran mayoría, habían pasado repentinamente del nivel del mar a actuar y combatir entre los 3,000 y 4,500 metros de altura. Como era de esperar, hubo bajas en nuestras filas, pero en aquellos años iniciales se logró controlar tan difícil zona, la cual comprendía lugares que luego adquirieron siniestra fama, como Ucchurahay, en las alturas de Iquicha. La base principal quedaba en Huanta, y se contaba además con bases en Huamanguilla, San José de Secce y Tambo, cubiertas con los destacamentos organizados expresamente para dicho fin, denominados "Destacamentos Caimán".

Pero yo no alcancé aquella época. Cuando me gradué como infante de Marina, ya los Destacamentos Caimán habían sido reubicados en el valle del río Apurímac, siempre en el convulsionado departamento de Ayacucho. Ubicado en zona de ceja de selva, el valle sólo contaba con una carretera que lo unía a Huamanga, así como un par de pequeños aeropuertos ubicados en San Francisco y Luisiana. Inicialmente poblado por campas, éstos habían sido desplazados por colonos serranos que al comienzo se dedicaron al cultivo del café pero que ya habían comenzado a cambiarlo hacia la coca cuando ingresó el terrorismo a la zona.

Las bases crecieron en número, ubicándose en el fundo Luisiana la principal, donde tenía su puesto de mando el comandante de la Sub Zona de Seguridad Nacional Delta. Hacia el suroeste se ubicaba la base de Santa Rosa, y hacia el norte, a lo largo del río, quedaban San Francisco, Sivia y Llochegua; finalmente, hacia el oeste de esta última, está la base de patrulla de Corazón Pata. Los efectivos comprometidos en esta zona eran poco más que en la de Huanta, alrededor de trescientos infantes de Marina, todos los cuales ya habían tenido experiencias de combate en los años iniciales de la lucha.

Mi primera estadía en la zona fue en 1989, pasando la mayor parte de los dos meses y medio que duraba en Corazón Pata. Este lugar albergaba unas pocas casas, habitadas por los primeros terroristas arrepentidos, a quienes, obviamente, debíamos dar protección. No existía ningún tipo de servicio, al principio había existido un centro de salud, pero sólo en nombre puesto que el técnico sanitario permaneció unos pocos meses en ese poblado. Los niños en edad escolar debían caminar durante cuatro horas para poder ir al colegio, en Llochegua. El sacerdote más cercano estaba en Sivia, localidad que sólo podía alcanzarse por río desde Llochegua. Como se puede apreciar, Corazón Pata era un lugar prácticamente abandonado a su suerte, otras localidades a lo largo y ancho de nuestra agreste geografía.

Fue allí donde me tocó vivir una experiencia que marcó profundamente mi vida. Tenía dos patrullas a mis órdenes y esperábamos el arribo de una tercera, que debía reforzarnos ante la posibilidad de un inminente ataque terrorista, cuando en la mitad de la noche se presentó un campesino del pago de Matucana, ubicado a escasos 30 minutos de Corazón Pata. Se le veía desesperado y sincero cuando manifestó que su esposa estaba por dar a luz y que se sentía mal, que debíamos ayudarla. Sin embargo, también existía la posibilidad de que estuviese mintiendo y sólo procurase hacer salir una patrulla para debilitar la

base o emboscarnos fuera de ella. Con todo, opté por esperar hasta el amanecer y salí al mando de una patrulla hacia Matucana. La aproximación fue hecha con todas las precauciones posibles, manteniéndonos enlazados en todo momento con la base y rodeando Matucana antes de ingresar al poblado, y cuando finalmente lo hicimos encontramos a una niña recién nacida, que aparentemente gozaba de buena salud, y a la madre, cuya condición no era muy buena. Se les atendió de la mejor manera posible y nos disponíamos a retornar a Corazón Pata cuando el padre insistió en que bautizara a su hija. Tras argumentar con él y ante la alta taza de mortandad en la zona, decidí finalmente hacerlo con la condición de que pasado algún tiempo bajara a Sivia para pedir la bendición del único sacerdote del área. De algún lugar cercano, que aún no logro imaginar en medio de aquella vegetación de ceja de selva, trajo una hermosa rosa que utilizé para mojar la frente de aquella criatura mientras le daba el nombre de Carolina.

La época en que combatimos en Ayacucho, tanto en Huanta como en el valle del Apurímac, fue bastante dura. Sufrimos varias bajas, no sólo en los combates contra los subversivos sino también en cobardes atentados realizados en Lima, lo que nos fueron enseñando que la lucha no se limitaba a los meses pasados en el frente, sino que duraría todo el tiempo que existiera Sendero Luminoso o el Movimiento Revolucionario Túpac Amaru, sin importar dónde o con quién estuviésemos. Esto me lo habían dicho

En el poblado encontramos una niña recién nacida...



los oficiales instructores en la Escuela de Calificación, antes de que fuera a la zona de emergencia por primera vez, pero la experiencia me enseñaría la tensión que una situación de este tipo puede causar tanto en uno como en sus familiares.

Mi retorno de Ayacucho no fue más dramático que el de otros, todas las patrullas relevadas debíamos concentrarnos en Luisiana, de acuerdo a un cronograma establecido en el último momento para evitar emboscadas. Diversos botes debían llevarnos a lo largo del río ya fuere hasta Luisiana o hasta San Francisco, desde donde debíamos dirigirnos a Luisiana en camiones. Desde el aeropuerto de esta hacienda, sucesivos vuelos de aviones Búfalo debían llevarnos a Huamanga donde finalmente debíamos abordar un Hércules para llegar a Lima. El viaje tenía que continuar luego hacia Ancón, donde teníamos que cumplir con el mantenimiento del equipo antes de poder ir a casa. Tras dos meses y medio, en los que no habíamos establecido ningún tipo de contacto para evitar riesgos innecesarios, el retorno a casa fue muy emotivo. Mi madre, que usualmente asiste a misa los días domingos, me confesó que había estado haciéndolo diariamente todo ese tiempo. Ello me dio una medida de la preocupación que había vivido y que vivían todas las familias de los que participábamos en los destacamentos.

Pero no todos los retornos fueron felices. Como ya lo señalé, a lo largo de esos años algunos hombres habían muerto y otros habían sido heridos en acción; pero otros traían heridos de otro género, heridas causadas por la muerte de sus compañeros o por ver la sangrienta violencia terrorista contra inocentes campesinos y pobladores. También estaban los que serían heridos por su propia familia, incapaz de soportar más la tensión que vivir en esa situación. Algunos de los oficiales de entonces vieron así concluir sus matrimonios, o debieron dejar el servicio para evitar que éstos fracasaran.

Pero habíamos aprendido algo en aquella primera época. El Perú necesitaba que todos pusiéramos nuestra cuota de sacrificio para sacarlo adelante. Sería una tarea dura pero para eso habíamos sido formados tanto en la Escuela Naval como en la Escuela de Calificación, y por eso habían peleado y dado su vida varios compañeros de armas, tanto oficiales como personal subalterno. Debimos pues adoptar nuevas actitudes ante la vida, cambiando de rutina y estableciendo medidas de seguridad para nuestras propias familias. Yo todavía era soltero en ese entonces, pero veía como algunos compañeros se desvelaban por enseñar a sus pequeños que las ausencias de papá eran porque estaba navegando, que había sido cambiado de Ancón, que no mencionara nada de eso ni con sus amigos del colegio. Veía los esfuerzos de las esposas de estos compañeros por asumir funciones de padre y madre durante las largas semanas de ausencia e incomunicación que entonces vivían. ¿Cómo explicarle a un niño pequeño que su padre no puede venir ni llamarlo por su cumpleaños?. La respuesta que el día de mañana habrá que darles es que si entonces estuvimos ausentes fue justamente para darles un futuro digno, en donde puedan vivir con libertad.

Poco después de retornar volvimos a cambiar de área de responsabilidad. Esta vez la Marina entera asumió el control del departamento de Ucayali y algunos distritos de Huánuco y Loreto. Oficiales y personal subalterno de todas las calificaciones y especialidades pasa-

ron a formar los batallones ligeros de combate, que bajo el mando de un contralmirante debían restablecer el estado normal de derecho en esa vasta zona del país, que abarca el 18% del territorio nacional. De combatir primero en las alturas de Huanta y luego en la ceja de selva del río Apurímac, la Marina pasaba a la enmarañada selva baja. Las bases se volvieron a incrementar en número, así como los efectivos comprometidos y los medios asignados. La lucha se haría más compleja, puesto que las distancias ahora eran enormes y el enemigo estaba mejor armado.

Poco tiempo después de contraer matrimonio fui nuevamente destinado a la zona de emergencia, esta vez formando parte de un destacamento Zulú, unidad formada por infantes de Marina y de la Fuerza de Operaciones Especiales para cumplir misiones particularmente riesgosas. El tiempo que deberíamos permanecer en la zona era ahora mayor, pero a la vez teníamos la posibilidad de viajar a Lima cada cierto tiempo.

En aquella época me tocó vivir otro tipo de experiencia, la de ser emboscado por los terroristas. Iba, con una patrulla, de Huipoca a San Alejandro, cuando comenzaron a disparar sobre nosotros. La espesa vegetación no permitía ver más allá de unos pocos metros, pero pese a ello, y siguiendo las normas y el entrenamiento para este tipo de casos, respondimos vivamente el fuego, avanzando con decisión sobre lo que parecía ser su punto de concentración principal. La disciplina y poder de fuego de nuestros hombres pronto permitió dominar la situación, haciendo huir a los subversivos. En el campo quedaron varios de sus hombres, mientras que en nuestras filas, felizmente, no hubo bajas que lamentar. Pero aquella sensación de reaccionar ante el seco ruido de un disparo cercano a uno, no se me pudo borrar durante varios meses.

Otros compañeros vivieron distintas situaciones. Recuerdo a uno de ellos en particular, cuya esposa debía dar a luz su primer hijo, para lo cual éste habia obtenido el permiso del caso. pero el parto se adelantó quince días, cuando mi compañero se hallaba alejado de la base principal. Tardó tres días en poder regresar para tomar un avión que lo llevase al lado de su esposa e hijo, tres días que para él debieron ser muy duros, a pesar que como marinos esto es común por las largas navegaciones. Los problemas que cada cual había dejado en Lima eran de muy distinto género, pero todos tenían como común denominador la terrible situación económica que atravesaba el país, que traía como consecuencia unos sueldos realmente bajos. La gran mayoría de los que estábamos o habíamos estado en la Zona de Emergencia teníamos que complementar nuestros ingresos mediante algún otro trabajo, pero ello obviamente se tornaba imposible durante los meses que duraba aquel tipo de servicio. Por ello, las esposas debían asumir una responsabilidad mayor aún, la de encontrar la manera no sólo de sustituir a los padres ausentes, sino también la de cubrir las obligaciones económicas que todo hogar demanda. Como ya lo mencionara, algunas no resistieron esta situación, y se vieron afectadas por ella. Entre estas últimas estuvo mi esposa, quien bajó de 55 a 42 kilos en los meses que estuve fuera, debiendo ser sometida a un tratamiento sicológico para combatir el cuadro nervioso que presentó.

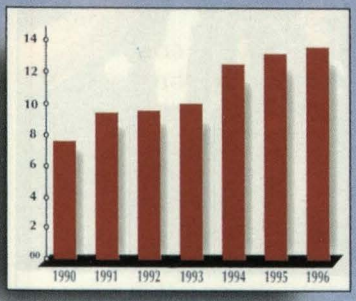
Hoy, tras casi quince años de haber emprendido la guerra contra el terrorismo, toda la oficialidad joven de la marina independientemente de su calificación, ha pasado por la experiencia de la

lucha contra la subversión. En nuestra profesión hemos aprendido muchas cosas, tanto sobre nuestra realidad como país, como sobre nuestra propia condición humana. La lucha ha sido dura y aún no concluye, y, lamentablemente, deberemos seguir aumentando las placas anuales que circundan el monumento al Capitán de Navío Juan Fanning, en Ancón, donde se consignan los nombres de nuestros caídos en cumplimiento del deber. Pero esta lucha ha permitido que nuestra patria salga adelante y venza a la amenaza terrorista que en un momento dado llegó a ponerla en riesgo. Es por ello que creo que todos los sacrificios que hayamos afrontado, oficiales y personal subalterno de todas las calificaciones y especialidades de la Marina, han valido la pena.

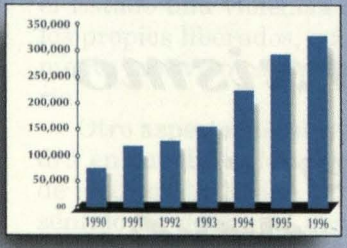
El día de mañana, cuando se escriba la historia de esta lucha, podremos decir orgullosos a nuestros hijos y nietos que participamos en ella.

# El Perú Avanza !

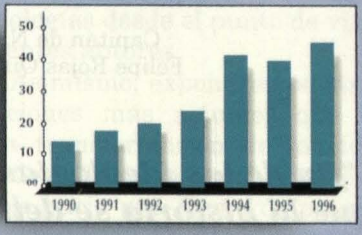
## Los Puertos de ENAPU acompañan el crecimiento económico del país.



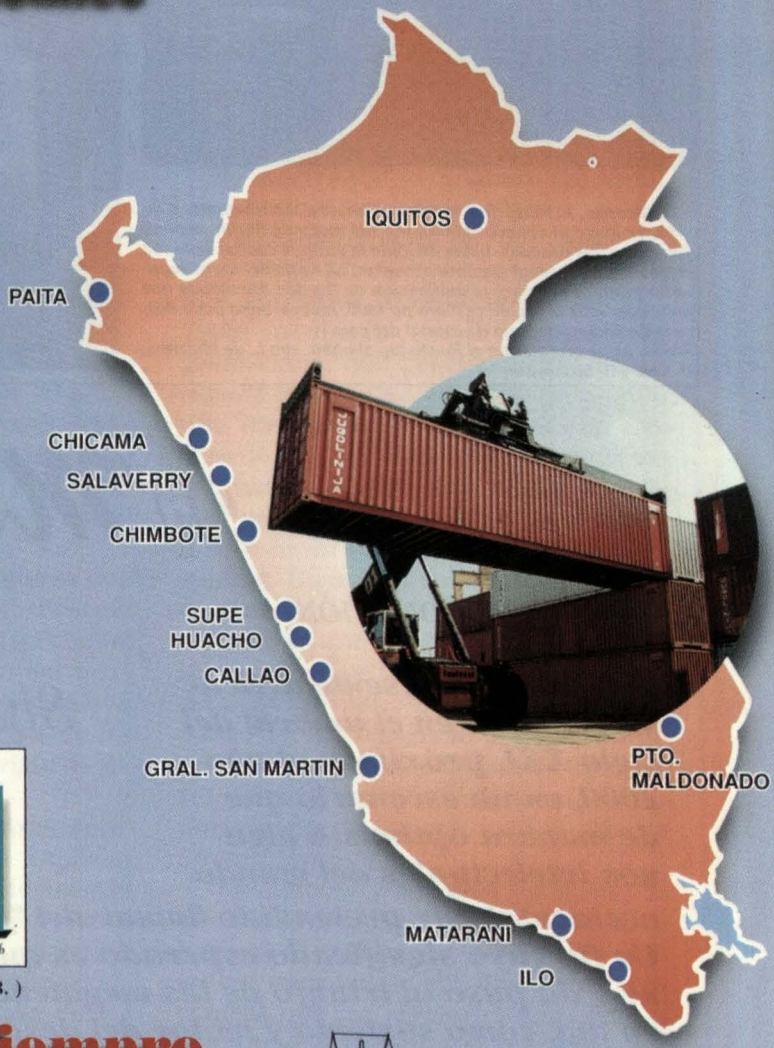

Carga (Millones de Toneladas)




Contenedores (T.E.U.)




Naves ( T.R.B. )




## Hoy y Siempre al Servicio de Nuestra Patria

ENAPU S.A.
EMPRESA NACIONAL DE PUERTOS S.A.

Sector Transportes, Comunicaciones, Vivienda y Construcción